

Del MON a la UCEDE. Las derechas liberales entre el Proceso de Reorganización Nacional y la transición a la democracia.

Sergio Morresi.

Cita:

Sergio Morresi (2011). *Del MON a la UCEDE. Las derechas liberales entre el Proceso de Reorganización Nacional y la transición a la democracia. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/330>

Del MON a la UCEDE. Las derechas liberales entre el Proceso de Reorganización Nacional y la transición a la democracia

Sergio Morresi

Universidad Nacional de General Sarmiento - CONICET

Dirección Institucional: J. M. Gutiérrez 1150, módulo 5, of. 5041
(1613) Los Polvorines, Pcia. de Buenos Aires, Argentina
+5411-4469-7792 email: smorresi@ungs.edu.ar

Presentado a las XIII° Jornadas Interescuelas e Interdepartamentos de Historia, Universidad Nacional Catamarca. 10-13 de agosto de 2011. Mesa 50: Historia de la dictadura militar argentina (1976-1983), coordinada por Gabriela Águila y Daniel Lvovich.

Abstract:

Este trabajo, enmarcado en un proyecto más amplio sobre las derechas liberales argentinas, procura ofrecer una aproximación al modo en que tuvo lugar un cambio de liderazgo dentro del campo de la derecha durante el último tramo del Proceso de Reorganización Nacional (PRN) y los primeros meses de la transición democrática. En la primera parte se realizan algunas aclaraciones terminológicas y se muestran las principales líneas de fractura al interior del campo de la derecha, prestando particular atención a los enfrentamientos internos del subcampo de la derecha liberal. En este sentido se pone el foco de atención en la lucha entre el liberalismo-conservador, más fuerte en el interior del país, y el liberalismo de la ciudad de Buenos Aires. Luego, se muestra de qué modo se relacionaron los liberal-conservadores del interior con el gobierno militar 1976-1983. Finalmente, se presenta una hipótesis tentativa para explicar el modo en que la corriente neoliberal logró alcanzar la hegemonía dentro de la derecha liberal durante los últimos años del gobierno militar y los primeros de la democracia.

SE AUTORIZA LA PUBLICACIÓN EN LAS ACTAS DE LAS JORNADAS

En las elecciones presidenciales de marzo de 1973, una coalición encabezada por el Partido Federal y el Partido Demócrata Progresista (la Alianza Popular Federalista) que proponía la fórmula compuesta por Francisco Manrique y Rafael Martínez Raymonda obtuvo el 15% de los sufragios. A estos guarismos, debería sumarse también el 5% de los votos que obtuvieron la Alianza Republicana Federal (que postulaba al candidato militar Ezequiel Martínez junto al bloquista sanjuanino Leopoldo Bravo) y la Nueva Fuerza (el partido de Alsogaray que proponía al empresario Julio Chamizo junto con Ramón Ondarts). En las elecciones que se llevaron a cabo en septiembre, los guarismos obtenidos por el binomio Manrique-Martínez Raymonda fueron superiores al 12% (las otras fuerzas liberal-conservadoras no presentaron candidatos). Así, en 1973 parecía consolidarse un voto liberal-conservador, tal como había sido previsto por ciertos estudios (CANTÓN, 1973). Sin embargo, diez años después, los partidos que postularon candidatos ubicados explícitamente a la derecha no consiguieron alcanzar (sumados) ni siquiera un 5% de los sufragios. ¿Qué había sucedido? Para algunos analistas, como Mariano Grondona, se trataba de un retroceso momentáneo, fruto de la polarización peronista-radical. Sin embargo, esta hipótesis no parece certera, habida cuenta de que en los '70 esa polarización había sido tanto o más fuerte. Evidentemente, los años del Proceso de Reorganización Nacional (PRN) en el que muchos dirigentes del campo de la derecha actuaron de modo destacado, habían desprestigiado las opciones liberal-conservadoras.

El conflicto al interior de la derecha liberal-conservadora: 1955-1976

Desde nuestra perspectiva, lo que podríamos llamar “las derechas”, en tanto movimientos político-sociales compuestos por agentes con intereses y acervos propios, conforman un “campo ideológico” cuando logran ejecutar un proceso de exclusión y mitologización capaz de generar el eje estructurante de una gramática común. Esta gramática es una red conceptual coherente que funciona gracias al mito fundante (que estructura los diferentes conceptos) y al rol de las metáforas ético-políticas (que incorporan y traducen a la gramática lo que está fuera del campo). Siguiendo este esquema, deberíamos preguntarnos cuál fue el concepto que los

actores de derecha “expulsaron” para convertirlo en anatema y qué mito erigieron como frontera y eje articulador de su gramática. Nuestra hipótesis es que para los agentes que conformaron a mediados del siglo XX el campo de la derecha en la Argentina, el concepto que fue a ocupar el lugar de exterior constitutivo fue el populismo (MORRESI, 2011). Para la derecha en general el populismo es un movimiento nivelador que subvierte al orden (natural, económico, moral, social o político). Pero para algunos sectores, a los que llamaremos liberal-conservadores (MORRESI, 2010), el populismo fue más: fue el factor aglutinante que les permitió alcanzar la hegemonía dentro de su campo ideológico. Esto no quiere decir que no hubiera otros sectores de derecha en la Argentina de posguerra, pues, de hecho, había importantes espacios ocupados por lo que podemos llamar “derecha nacionalista” (LVOVICH, 2006; LEWIS, 2001; SENKMAN, 2001). Sin embargo, los sectores que habían ocupado lugares destacados en períodos previos debieron subordinarse al liberalismo-conservador que lideró el campo a partir de 1955. Este cambio de liderazgo quedó claro en el *putsch* interno de la autotitulada “Revolución Libertadora”, que desplazó a los grupos cercanos al nacionalismo y entronizó a los civiles y militares que adscribían a las tradiciones ligadas al liberalismo-conservador (ROUQUIÉ, 1994; SPINELLI, 2005).

Así como hemos reconocido la heterogeneidad del campo de la derecha, debemos señalar que incluso dentro del polo liberal-conservador hubo disputas internas que colaboraron en la consolidación del campo. Tal como lo muestra Gibson (1996), desde la caída del peronismo, el espacio liberal-conservador estuvo fracturado en dos grupos con intereses materiales claramente opuestos: los federalistas y los liberales; es decir, la derecha liberal-conservadora del interior de la Argentina y la del puerto de Buenos Aires (o, dicho de otro modo, la burguesía con intereses en las economías regionales y la burguesía porteña, con intereses en el modelo agro-exportador y la economía financiera).

El primer grupo estaba formado por diferentes partidos con alcance provincial o regional, orientados hacia el conservadurismo, algo que se desprende del análisis de sus discursos, en los que abundan las referencias a la iglesia, la familia, los valores cristianos, la tradición y el espíritu nacional. La mayor parte de estos núcleos estaba enraizado en el movimiento con-

servador que había dirigido la Argentina hasta la llegada del primer gobierno radical (como el Partido Demócrata de Mendoza y el Autonomista-Liberal de Corrientes). Algunos, sin embargo, eran posteriores, de origen radical (como la Acción Chubutense y el Movimiento Federalista Pampeano) o peronista (como el Movimiento Popular Neuquino). En todo caso, estos grupos, junto a partidos fundados por militares que habían ejercido como gobernadores *de facto* (como el Renovador de Salta o la Fuerza Republicana de Tucumán), componían una heterogénea alianza política que llegó a formar frentes electorales exitosos (como la Fuerza Federalista Popular, FUFPEPO). En la mayoría de los casos, estos grupos tenían intereses materiales muy diversos, pues cada uno representaba los intereses de las fracciones de la burguesía más importantes de su distrito. Si a pesar de ello pudieron actuar conjuntamente, tanto a través de sus representantes -en períodos democráticos- como a través de la inclusión de algunos de sus hombres en diferentes niveles gubernamentales –durante los gobiernos *de facto*- fue porque tuvieron durante varias décadas dos enemigos en común: el populismo de un lado y el liberalismo de Buenos Aires por el otro.

La oposición de los federalistas al populismo tenía un doble origen: económico e ideológico. Económicamente, el populismo representaba la extracción por parte del Estado nacional de una porción importante de la plusvalía obtenida en cada región del interior del país para su redistribución social y/o regional. Ideológicamente, el populismo implicaba la subordinación completa de las elites locales a las decisiones tomadas en Buenos Aires. Sin embargo, la oposición al populismo de parte de los federalistas fue ambigua. Por una parte, tal como señalamos, algunos de los núcleos federalistas tenían origen radical o peronista. Por la otra, las economías regionales dependían en buena medida del apoyo del gobierno nacional (mediante obras y políticas públicas) para prosperar. Y aunque ese apoyo había sido discrecional y condicionado tanto con el radicalismo como con el peronismo o los militares, era absolutamente necesario. Así, lo que daba consistencia a los federalistas no era sólo su conservadurismo o su anti-populismo sino también su oposición al liberalismo porteño.

En Buenos Aires hubo partidos y movimientos liberal-conservadores desde mediados de la década de '50. Se trataba de núcleos vinculados a los intereses agroexportadores y tam-

bién, a partir de finales de los '60, a la economía financiera y a las industrias de capital intensivo. A diferencia de lo que sucedía en el interior, esos núcleos no alcanzaron siquiera una modesta relevancia electoral. Se produjo así un divorcio entre la acción política de la derecha porteña y su política partidaria, que quedó relegada. En este sentido, no se está afirmando que la derecha política no existiese en la ciudad de Buenos Aires o en su zona de mayor influencia, la pampa húmeda, sino que la acción política de los burguesía porteña se canalizó casi exclusivamente a través de contactos personales entre algunos de sus dirigentes políticos y cuadros profesionales con los partidos políticos mayoritarios (las dos fracciones en las que se partió el radicalismo después de 1956) o con los altos mandos militares.

Las particularidades de los grupos porteños llamados liberales dio lugar a que allí se fuera formando una clase política orientada a la tecnocracia y, de este modo, más permeable a las ideas y modelos teóricos del neoliberalismo que habían estado circulando desde la década del 30 (MORRESI, 2010). Pero el hecho de que parte de la dirigencia estuviese expuesta a la influencia del neoliberalismo en época tan temprana no implicó que el campo de la derecha se convirtiese de inmediato a las ideas neoliberales; su influencia demoraría algunos años en hacerse hegemónica. Para el período previo al PRN, el peso de las ideas neoliberales era marginal y la hegemonía pertenecía todavía al sector liberal-conservador.

¿Cómo interactuaron estos dos grupos de la derecha liberal-conservadora? Durante décadas, la convivencia de federalistas y liberales fue difícil, pues, a pesar de compartir una cosmovisión que rechazaba la nivelación populista, tenían intereses materiales encontrados. Los federalistas gozaban de un apoyo popular que, aunque magro en comparación con los partidos políticos mayoritarios a nivel nacional, era claramente superior al que tenían los liberales porteños, llegando incluso a obtener cargos ejecutivos dentro de sus distritos de influencia, lo que les permitió liderar las circunstanciales alianzas políticas que realizaron en las contiendas electorales. Los porteños, en cambio, tenían una mayor capacidad de influir en los gobiernos militares a través del posicionamiento de sus hombres en distintos ministerios o secretarías del poder ejecutivo nacional. En parte por el mayor peso económico de la región bonaerense-porteña y en parte por la facilidad con que penetraron en los gabinetes controla-

dos por los militares, los porteños y bonaerenses fueron, poco a poco, alcanzando una posición de dominio sobre los federalistas.

El liberalismo conservador como ideología dominante.

Antes de continuar avanzando, puede ser necesario brindar alguna precisión terminológica. Siguiendo la definición de Norberto Bobbio (1999), entendemos por liberalismo un sistema de ideas y prácticas que deduce su legitimidad del consentimiento de los individuos y propende, en economía, al imperio del mercado, y, en política, a la presencia de un Estado que gobierne lo menos posible. Esto implica que el liberalismo 1) protege la propiedad privada, incluyendo la propiedad privada de los medios de producción y 2) ergo, protege la existencia de un mercado de trabajo, al mismo tiempo que 3) procura un Estado de poderes limitados (Estado de derecho o constitucional) y 4) se inclina por un Estado de funciones limitadas (Estado mínimo). Si aceptamos esta caracterización, podemos pasar a detallar cuál es el contenido específico que diferencia al liberalismo-conservador del liberalismo en general. Tomando como base las ideas de William Harbour (1985) y Michael Oakeshott (2000), diremos que el liberalismo-conservador es una variante del liberalismo que 1) valoriza la experiencia sobre la teoría y es contraria al racionalismo (es decir, a las abstracciones y a las idealizaciones, lo que comporta, en general una antropología pesimista), 2) es moderada y prudencialista en cuanto al cambio social, 3) se opone a las redistribuciones progresivas de los bienes y recursos, pero no a la acción estatal que garantiza un orden, orienta a la economía y protege los derechos. Además, se trata de una tradición que se muestra 4) temerosa de la democracia (por sus tendencias populistas y por entrañar el peligro de desembocar en una demagogia o en una tiranía de la mayoría) y 5) respetuosa de la sabiduría de las tradiciones e instituciones heredadas (a las que se debe restaurar cuando son atacadas de modo sistemático por factores exógenos).

A diferencia del conservadurismo a secas, el liberalismo-conservador no es contrario a un rol importante del mercado en la economía. Tampoco se opone al cambio social ni al indi-

vidualismo, ya que descrea de la nocividad de sus efectos disolventes. Por otra parte, y distanciándose de lo que podríamos llamar el liberalismo clásico, el liberalismo-conservador cree en la importancia de un orden social jerárquico y, aunque comparte la idea liberal de libertad, cree que sus límites deberían ser fijados más estrechamente. Por último, a diferencia del neoliberalismo, el liberalismo-conservador es proclive a las propuestas económicas eclécticas y pragmáticas, pues tiene que conformar a fracciones de la burguesía con intereses concretos diversos (ALSOGARAY, 1993; BARRY, 1983). Por otra parte, aunque el liberalismo-conservador y el neoliberalismo comparten una inclinación a privilegiar el orden, el primero busca fortalecer a un soberano capaz de establecer una firme jerarquía (muchas veces sirviéndose de categorías extra-políticas, como la religión, el orden natural, la prosapia o la familia), mientras que el segundo procura una estructura que privilegia el imperio de la ley basado en valores axiomáticos (como la libertad negativa).

En el período 1955-1983 las ideas nacionalistas, conservadoras y liberales, que se habían disputado la primacía en el campo de la derecha en la primera mitad del siglo XX, así como las neoliberales se vieron supeditadas a la hegemonía del liberalismo-conservador. Esta hegemonía, lógicamente, no implicó la desaparición de las ideas nacionalistas, reaccionarias o conservadoras, sino su reencauzamiento dentro de la gramática liberal-conservadora estructurada a partir del rechazo al populismo y la mitologización de la república.

Dijimos antes que el término expulsado por ciertos sectores políticos para auto-constituirse como hegemónicos dentro de su campo fue el populismo. Aunque el populismo es extremadamente polisémico, el uso que le dieron los actores que irían a conformar la derecha liberal-conservadora argentina es claro. Para ellos, lo populista se vinculaba a las acciones sociales masivas (organizadas o no) que buscaban influir en la acción del Estado, sobre todo de aquellas acciones que procuraban darle al aparato estatal un rol redistributivo. Y aunque suele pensarse en el populismo argentino como un legado del período peronista clásico, la derecha argentina usa el término de manera retrospectiva para referirse a todos los regímenes populares, incluyendo bajo ese rótulo también al radicalismo y a los militares proclives a negociar con los partidos políticos o permeables a las demandas sociales (ZINN, 1980; 1976). De este

modo, podemos ver que el rechazo por el populismo se transformó en un rechazo por la democracia de masas, que en el ideario de la derecha aparece como “kakistocracia” o “régimen pseudo-democrático” (MORRESI, 2010).

Si el populismo aparece como el rasgo negativo que auto-constituye a la derecha liberal-conservadora argentina, el rasgo mítico y positivo lo conformó otro concepto del campo político: *la república*. A la visión democrática plebeya, la derecha opuso la idea de una república formada por una serie de valores tradicionales (el esfuerzo y la templanza que se oponen a la desidia y al desenfreno), religiosos (el occidente cristiano enfrentado a la peligrosa cercanía del populismo con las ideas socialistas), político-económicos (la propiedad privada que garantiza la libertad y hace posible el esfuerzo, versus la falta de respeto por lo ajeno) y ético-políticos (la libertad negativa que se expresa en propiedad y se opone a la libertad positiva que desemboca en libertinaje). En el sistema propuesto por el conservadurismo liberal, la democracia debía tener un lugar subordinado a los valores de la república. Como afirmara Carlos Sánchez Sañudo (1969), era necesario reconocer que la constitución argentina habla de elecciones, pero “lo hace sólo en su tercera parte”, después de limitar al gobierno a una forma republicana y a los ciudadanos a un comportamiento probo. Por ello, la solución al “desgobierno populista” debía encontrarse en un doble mínimo:

[...] mínimas dimensiones del gobierno y mínima participación de los que eligen, reduciéndolos a los que voluntariamente deseen ejercer ese derecho, a los mayores de edad, a los que tengan 6° grado aprobado y a los partidos que no tengan como programa la manifiesta violación de la Constitución Nacional [como el peronismo y el comunismo] (SÁNCHEZ SAÑUDO, 1969, p. 84)

En palabras de otro ideólogo liberal-conservador, Horacio García Belsunce:

Nuestra forma de gobierno por imperio del artículo 1° de la Constitución Nacional es la República Representativa y Federal. La C. N. no alude a la democracia como forma de gobierno [...] La república está dada en su esencia por la noción de representatividad y éste es un concepto no cuantitativo, sino cualitativo, que por lo tanto se desnaturaliza frente a la llamada democracia de masas [...] la república representativa exige también la representatividad cualitativa en el representante, o, lo que es lo mismo, el gobierno de

los más por los mejores a fin de no caer en el acertado concepto de la “kakistocracia”...
(GARCÍA BELSUNCE, 1982, p. 32)

La idea de república levantada de la derecha argentina tiene un trasfondo liberal-conservador prístino: se trata de una república en la que las masas debían subordinarse a normas (morales y culturales) que se derivaban del ser nacional, del espíritu cristiano-occidental, del sino argentino (PERRIAUX, 1970). Se trataba, para ser más concretos, de la tradición legada por los “prohombres de la patria”, sobre todo por aquellos que, de acuerdo con la historia mítica que construyó para sí el liberalismo-conservador habían colocado a la Argentina entre las potencias del mundo, es decir de la república organizada por la generación de 1880 (BOTANA, 1985; 2006). Así, un modelo de país, el llamado “orden conservador”, funcionó (y funciona) como la edad dorada a la que se podría regresar o al menos intentar imitar. Pero en la gramática de la derecha, regresar a esa edad dorada implica rechazar no sólo al populismo, sino también a las estructuras que él erigió y, sobre todo, a sus protagonistas (básicamente a los sindicatos en tanto actores determinantes de la política). Es en este sentido que deberían entenderse los intentos de reorganización de las dos últimas dictaduras sufridas por la Argentina. En ellas no se buscaba sólo desplazar a un sector político concreto, sino sentar las bases de una república “extraviada”. Para lograr semejante cometido era necesario unir a diferentes tradiciones de la derecha bajo la égida del liberalismo-conservador. Esto es, que el dominio del campo de la derecha en la Argentina no fuera ejercido por sectores nacionalistas o reaccionarios (que, por supuesto, formaban parte de ese espacio y trataban de imponer su propia mitología) sino por un sector liberal-conservador, tributario de las visiones orteguianas de la política.

En el intento refundacional de la última dictadura que sufrió la Argentina se dieron cita los distintos actores del campo de la derecha. Nacionalistas furibundamente anticomunistas convencidos de estar peleando una batalla de la tercera guerra mundial (como Osiris Villegas), conservadores de origen ultramontano (como José Catalán), liberales pragmáticos (como José Alfredo Martínez de Hoz), liberales doctrinarios (como Horacio García Belsunce) y empresarios de convicciones ambiguas (como Ricardo Zinn) podían compartir un diagnóstico (la necesidad de eliminar a la guerrilla y reordenar la economía) y también una receta: un

Estado de tipo autoritario capaz de reorganizar a la Argentina y fundar una “segunda república” con una “nueva generación del ‘80” (de 1980). La nueva generación del ‘80 tenía todas las características del liberalismo-conservador que señalamos: valorización de la experiencia sobre la teoría; prudencia y parsimonia para emprender el cambio social; oposición a la redistribución progresiva de los bienes y recursos; aceptación de un rol ordenador y orientador del Estado; temor por la democracia y respeto por las tradiciones e instituciones heredadas.

¿Cómo sabemos si las ideas liberal-conservadoras lideraron el campo de la derecha en el período 1955-1983? Porque, a través de la expulsión del populismo y de la monumentalización de la república como mito fundante lograron estructurar una gramática común que se fue tornando hegemónica no sólo para el grupo núcleo (los federalistas y los liberales porteños), sino también para el resto del campo (nacionalistas, reaccionarios, conservadores). Esto es: incluso quienes -dentro de la derecha- no compartían el ideario liberal-conservador debían someterse a utilizar su gramática y a enmarcar sus propuestas dentro de las metáforas liberal-conservadoras.

La hegemonía gramatical de cierto posicionamiento teórico puede rastrearse a través del modo en que ciertos conceptos clave (como por ejemplo, nación/patria, libertad/seguridad, propiedad/derecho) son enmarcados en metáforas (la nación como familia, la moralidad como contabilidad y la política como administración) que funcionan como corsés ideológicos. Así, ciertas posturas políticas de trasfondo externo al liberalismo-conservador son sostenidas dentro de la gramática liberal-conservadora y, en ese sentido, se ven limitados no sólo en sus formas, sino también en sus objetivos. Esto puede quedar más clara con un ejemplo histórico. En las últimas dos dictaduras (la de 1966-1973 y la de 1976-1983) hubo planes para un reordenamiento institucional profundo (ANSALDI, 2004; CANELO, 2008a; CANELO, 2008b), lo que parecería ir en contra del liberalismo-conservador que, como dijimos, se caracteriza por su reverencia a las instituciones y tradiciones heredadas. Sin embargo, cuando se presentaron proyectos orientados a una transformación de las tradiciones y las instituciones, los mismos fracasaron o fueron reformulados para caber dentro de la gramática liberal-conservadora. En el caso del plan que se intentó implementar durante el gobierno de facto de

Onganía, bajo una gramática conservadora y corporativa en la que se destacan los conceptos de integración, solidaridad, unidad, comunidad organizada y grandeza nacional, el resultado fue una fractura al interior del campo de la derecha que llevó a un nuevo *putsch* interno para devolver el control al liberalismo-conservador (LANUSSE, 1977; 1988). Por otra parte, los diversos planes presentados durante la presidencia *de facto* de Videla fueron reenmarcados dentro de la gramática liberal-conservadora, donde se destacaban tropos comunes a esta ideología: el orden jerárquico como garante de la libertad, la nación/familia atacada desde afuera, la libertad como seguridad, la equiparación de derecho y propiedad, y el orden republicano de la generación del '80 (CANELO, 2008a). En los planes que, como el de Díaz Bessone o el de Ricardo Zinn se sugería ir más allá de un reordenamiento coyuntural, las ideas eran presentadas como necesarias para “sanear” la sociedad argentina contaminada por las ideas foráneas y el populismo y dotarla de anticuerpos que permitieran regresar -en el futuro- a la senda ético-política que se había perdido; es decir, que incluso cuando se ofrecía andar un camino distinto al liberal-conservador, se lo hacía de modo paliativo, excepcional, y se lo justificaba dentro del andamiaje que se había vuelto hegemónico en el campo de la derecha (MORRESI, 2010).

De la gloria al ostracismo: los partidos liberal-conservadores en el PRN

El golpe de Estado de 1976 fue saludado con beneplácito por los liberal-conservadores de Buenos Aires y del interior. Pero mientras los porteños más afamados se apresuraron a aceptar sus relaciones personales con los militares de forma más o menos solapada (en reuniones informales, en declaraciones periodísticas generalistas, ocupando cargos de jerarquía menor), los federalistas, decidieron lanzarse de lleno a un apoyo explícito que acabaría costándoles muy caro. Dos días antes del golpe, Francisco Manrique, líder de la Alianza Federal, se había puesto “a disposición” para colaborar en la “gran transformación” que se avizoraba, “vía elecciones o vía revolución” (Nota en el diario *La Nación*, reproducida en MANSILLA, 1983, p. 116). Al día siguiente de instaurado el PRN, los diarios de circulación nacional publicaron una solicitada de la Fuerza Federalista Popular (FUFEPO) y el Movimiento Línea

Popular (MOLIPO) en apoyo explícito del régimen *de facto* y a sus objetivos, firmada incluso por Silvestre Begnis que acababa de ser removido como gobernador electo de la provincia de Santa Fe (*La Nación*, 25/03/1976). Sin embargo, este intento de acercamiento estaba destinado a no ser fructífero. Tal como lo muestran varios estudios (CANELO, 2008b; PALERMO y NOVARO, 2003; QUIROGA, 2004), el gobierno dictatorial estaba decidido a mantenerse aislado y militarizado tanto como le fuera posible. El estilo pretoriano que los militares consideraban necesario para completar “su tarea” debía extenderse a todo el aparato estatal. Eso no quiere decir, por supuesto, que el PRN no contara con apoyo civiles (MULEIRO, 2011), sino que los militares estaban preocupados por mostrar (hacia la sociedad, pero sobre todo hacia dentro de las armas) que iban a gobernar prescindiendo de contactos con la política partidaria.

En buena medida como fruto de las internas militares (entre halcones, moderados y palomas, en la terminología de la época) ni siquiera los sectores castrenses proclives a la negociación política podían mostrar un acercamiento público con los partidos políticos. Sin embargo, esto no impedía que algunos grupos de cuño liberal-conservador, como los “liberales porteños”, ingresaran al régimen en posiciones técnicas y burocráticas del Estado nacional o de los estados provinciales. Mientras tanto, las declaraciones de amistad de los “federalistas del interior” cayeron -al principio- en saco roto. Fue probablemente esa tesitura aislacionista del régimen militar la que llevó al líder federalista Francisco Manrique a presentarse como un “amigo crítico” del PRN. El desencanto de Manrique con el PRN, que fue profundizándose en el período siguiente (en 1977 su periódico *Correo de la Tarde* fue cerrado por decisión militar), tuvo importantes consecuencias para los federalistas, ya que los privó de su figura más significativa y los dejó, frente a la sociedad y también ante los militares que pretendían seducir, como un grupo fragmentado y carente de apoyo popular.

Pese a la indiferencia oficial, los liberal-conservadores del interior siguieron haciendo muestras de su apoyo al PRN, autodenominándose “amigos del Proceso”. Con ello consiguieron que un importante número de intendentes de ciudades menores quedaran en sus puestos (en una proporción mayor que la de los partidos mayoritarios). Al mismo tiempo, se posicionaron como los primeros “interlocutores válidos” reconocidos por el régimen, lo que les

valdría ser figuras destacadas en el período del *Diálogo Político* que el gobierno militar dio por iniciado a fines de 1978.

Desde el inicio, el *Diálogo* estuvo encorsetado porque sólo podían participar de él los interlocutores que le interesasen al PRN y que efectivamente se aviniesen a coincidir públicamente con las “ideas básicas” contenidas en el documento político presentado por los militares. Entre estas ideas básicas, se destacaban las siguientes:

- 1) el reconocimiento del rol de las FFAA en la “guerra antisubversiva”.
- 2) el respeto a los “principios fundamentales de la Constitución”, aunque no se aclaraban cuáles de los postulados constitucionales eran considerados “fundamentales”.
- 3) la aceptación de que las FFAA tendrían un lugar destacado en los futuros gobiernos.
- 4) la exclusión de las “ideologías totalitarias” del futuro sistema político. Se definía como totalitarias a las ideas que promovieran la lucha de clases, la propiedad colectiva de los medios de producción, la exaltación desmedida de las personas de los dirigentes y la politización partidaria de las instituciones del Estado.

Durante el *Diálogo Político*, sobre el que ya existen varios trabajos académicos (GONZÁLEZ BOMBAL, 1991; LVOVICH, 2007; MORRESI, 2009), los militares, representados por el General Albano Harguindeguy, conversaron con partidos políticos, sindicalistas, intelectuales y cámaras empresariales en busca de apoyos que permitieran que su estancia en el poder se hiciera más fluida. Ello implicaba que había actores incluidos y excluidos. Y aunque los partidos mayoritarios fueron efectivamente convidados a participar, cabe subrayar, como lo hace Inés González Bombal (1991), el elevado número de partidos federalistas que fue invitado y el lugar destacado que los mismos obtuvieron en la prensa. Este protagonismo, tenía sus fundamentos en el único objetivo concreto del diálogo: el surgimiento de un movimiento político que sirviera para “heredar el Proceso”: el Movimiento de Opinión Nacional (MON). Así, se esperaba que los federalistas fueran capaces de recrear la unidad que habían logrado a comienzos de los años setenta y se convirtieran en los encargados de llevar adelante las banderas procesistas en un futuro régimen civil tutelado por los militares.

Sin embargo, ya fuera porque no todos los invitados asistieron (Silvestre Begnis no sólo recusó la invitación, sino que envió una carta abierta prohibiendo a sus seguidores sumarse al

MON) o porque no todos mostraron igual entusiasmo por la idea del PRN (los demócratas de Mendoza, por ejemplo, mostraron su desacuerdo con la idea de un Movimiento que subsumiera su identidad partidaria), ya porque el mismo régimen percibió que los federalistas no eran un socio suficientemente poderoso o confiable, lo cierto es que, al cierre del ciclo de diálogo, la cosecha obtenida distaba de ser la esperada. De acuerdo con González Bombal (1991), sería posible deducir que el objetivo de los militares que habían optado por la salida cívico-militar del MON requería que los partidos reunidos en la FUFEPO y en el MOLIPO (junto a sus aliados informales, como el Socialismo Popular) se mostraran claros seguidores de toda la política del PRN. Pero en muchos casos, y aunque se seguían declarando “amigos del Proceso”, los federalistas hicieron críticas tanto a la lentitud del aperturismo como a la política económica del gobierno. Por otra parte, no era claro que los dirigentes de esa pléyade de partidos estuvieran dispuestos a diluirse en un solo “movimiento de opinión”.

Para los federalistas, el brazo que les tendía el poder militar era tan atractivo como peligroso. Y ello porque, como dijimos, se trataba de agrupaciones políticas cuya suerte dependía en buena medida de sus bases políticas territoriales que se mostraban especialmente críticas de los resultados de la política económica de Martínez de Hoz, que impactaba de manera negativa en las economías regionales. Así, al mismo tiempo que el PRN implicaba para los “federalistas” una oportunidad irrepetible de liderar un gobierno civil, también representaba el peligro de contar con una bendición “por arriba” que les quitara el poco apoyo conseguido “por abajo”.

Con la llegada del General Roberto Viola a la presidencia, se inició una nueva ronda de diálogos con políticos y se realizó una serie de movimientos de apertura en anuncio de una transición hacia un gobierno cívico-militar. Como parte de este proceso, muchos federalistas accedieron a importantes cargos (así, el líder del Movimiento Popular Jujeño, Horacio Guzmán, fue nombrado gobernador de su provincia, mientras que su hija María Cristina, fue designada como embajadora ante la OEA). Sin embargo, también era claro que al mismo tiempo que los integraba a la gestión, el PRN ya no los tenía como interlocutores privilegiados. Aun en contra de la línea dura de los halcones, el violismo, comenzó conversaciones con el radica-

lismo e incluso con el peronismo, en vista a que los sectores más moderados de cada uno de esos partidos pudieran dirigir el MON, un rol que los liberal-conservadores no habían podido cumplir.

A pesar de ya no ser “la gran esperanza blanca” del PRN, los federalistas consiguieron con su incorporación en distintos cargos ejecutivos o burocráticos en sus territorios lo que más necesitaban: los resortes de poder para volver a tejer sus redes de patronazgo, de modo tal de asegurarse un papel en el futuro gobierno civil. No obstante, las enormes dificultades económicas que atravesaba el país y la pronta expulsión de Viola de la presidencia por parte de la línea dura encabezada por el General Leopoldo Galtieri hicieron que esta “arreglo de convivencia” resultara más difícil de lo esperado. Con Galtieri, no sólo se ponía en pausa la actividad de la Multipartidaria (una alianza de los partidos políticos tradicionales y mayoritarios que exigían el retorno de la democracia) y se regresaba a la idea original del MON (lo que podía ser leído positivamente por algunos liberal-conservadores del interior), sino que también se volvía de forma explícita a la “ortodoxia económica” que tanto daño había causado en sus bases de apoyo (TÚROLO, 1996; PALERMO y NOVARO, 2003).

La terrible experiencia de Malvinas (aventura que apoyaron casi de modo incondicional todos los federalistas pero que -cabe resaltar- no fue respaldada por los liberales de Buenos Aires) que puso las puntadas finales a la dictadura encontró a los liberal-conservadores muy mal parados para el retorno a la democracia. Durante 1983, los dirigentes federalistas criticaron al General Reynaldo Bignone, el último presidente *de facto*, por apresurar la marcha hacia las urnas; así, mientras dentro de la Multipartidaria se destacaban los sectores que exigían premura, los federalistas pedían cambios en el sistema electoral que hicieran posible que sus partidos no desaparecieran del mapa político. Sin embargo, los militares ya no estaban en condiciones de imponer nuevas reglas de juego y el resultado electoral fue abrumador: la Alianza Federal (FUFEPO y MOLIPO) no llegó al 0,4 de los sufragios y los liberal-conservadores del interior sólo pudieron acceder a ocho bancas de diputados gracias al buen desempeño distrital de partidos como el Pacto Autonomista Liberal en Corrientes, el Bloquismo sanjuanino y el Movimiento Popular Neuquino.

El triunfo de la City

Una semana después de la firmada la derrota de Malvinas, en el Hotel Plaza de Buenos Aires, Álvaro Alsogaray abría una reunión con más de cien asistentes con el objetivo expreso de fundar un nuevo partido político: la Unión del Centro Democrático (UCEDE). Con la excepción de algunas figuras que se revelarían más adelante como importantes en la expansión partidaria (como Adelina Dalesio de Viola y Jorge Pirra) y del reclutamiento de ciertos intelectuales que habían adquirido cierto renombre en la prensa durante los años de la dictadura (como el escritor Armando Ribas y el sociólogo y encuestador Manuel Mora y Araujo) el grupo fundador de la UCEDE estuvo compuesto por los nombres más tradicionales del liberalismo-conservador porteño (como Alberto Benegas Lynch (h), Carlos Sánchez Sañudo y Roberto Alemann). Además de ello, las firmas de adhesión y los saludos de beneplácito de distintos funcionarios del PRN mostraban a las claras las estrechas relaciones que tenía este grupo político con el régimen dictatorial que se acababa (MANSILLA, 1983; LLAMAZARES VALDUVIECO, 1994). Pero la UCEDE no sólo compartía con el PRN algunos nombres, sino también -aunque de un modo ambiguo- su política. En efecto, durante los años 1982 y 1983, la UCEDE criticó al PRN por ser “dirigista” y “estatista”, es decir, insuficientemente liberal, pero, al mismo tiempo, se declaraba favorable a la auto-amnistía declarada por los militares. Alsogaray, líder indiscutido del nuevo partido, trazaba así una estrategia electoral extraña: se mostraba como alguien que no había tenido relaciones directas con los dictadores, pero que entendía y compartía muchas de las aspiraciones de los que los habían respaldado.

Al mismo tiempo que la UCEDE se hacía cargo de ser el partido de “la derecha” y acoger en su seno a funcionarios técnicos de la dictadura agonizante, los liberal-conservadores del interior intentaban “despegarse” de la imagen de “amigos del Proceso” que habían estado cultivando. Tal como muestra Mansilla (1983), los documentos internos de la Alianza Federal mostraban el intento de subsumir su discurso en el de la democracia cristiana de estilo europeo, haciendo hincapié en el rol “armonizador” e “integrador” que el Estado debía jugar, así como en la primacía del orden nacional y la soberanía:

[los firmantes] ratifican su coincidencia en aspectos ideológicos fundamentales que pueden sintetizarse en: que la defensa de los auténticos intereses nacionales merecen para los mismos prioridad absoluta sobre cualquier otro individual o social, que la sociedad argentina debe fundarse en los valores eternos de la persona humana, en especial la dignidad, la libertad y la solidaridad... (*Acta Fundacional de la Concertación Demócrata*, citada en MANSILLA, 1983, p. 63)

De hecho, a medida que quedaba claro que no habría una gran alianza de centro-derecha, los liberal-conservadores del interior trataron de hacerse ver incluso como socialdemócratas, con la esperanza de capturar parte del electorado que veían escurrirse hacia el radicalismo (GIBSON, 1996). Para ello, su discurso, que a comienzos de 1983 era claramente conservador, fue presentado como una alternativa de centro-izquierda al discurso liberal-tecnocrático en el que quedaban asimilados el PRN y la UCEDE. Este “corrimiento a la izquierda”, discursivo resultó desastroso en términos políticos. Ni los jóvenes que votaban por primera vez ni el viejo núcleo que había optado casi en un 20% por opciones liberal-conservadoras en 1973 se vieron seducidos por el vaivén ideológico de los federalistas. Eso dejó a la UCEDE como la única representante de aquellos que, de uno u otro modo, habían dado su apoyo al PRN y también -al mismo tiempo- como un partido sin lazos profundos con el PRN y que por lo tanto podía resultar atractivo a la juventud que ingresaba a la vida política después de años de autoritarismo.

Después de varias polémicas con los federalistas, la UCEDE decidió no formar coaliciones. El discurso que eligió para su campaña no fue el del liberalismo-conservador, sino el del neoliberalismo. En este sentido, en su Programa Electoral anunciaba:

Propuesta Fundamental: Reemplazar el actual sistema cultural y socio-político *dirigista e inflacionario* que ha regido casi durante 40 años, haciendo retroceder al país desde el séptimo lugar que ocupaba en el mundo en 1943-45 al cuadragésimo quincuagésimo que ocupa ahora, por un sistema basado en *la libertad en todos los campos, en la estabilidad monetaria y en el libre juego de las fuerzas del mercado* (citado en MANSILLA, 1983, p. 155, énfasis en el original).

Los resultados electorales de 1983 fueron sorprendentes. Raúl Alfonsín derrumbó el mito de que el peronismo no podía ser batido en las urnas. Según los estudios electorales (FRAGA, TISIO y BURDMAN, 1995; CATTERBERG, 1989), al triunfo radical contribuyeron en distinta medida electores no radicales de izquierda y de derecha e incluso electores tradicionalmente peronistas. La performance de la UCEDE no fue muy superior a la de sus competidores directos. Sin embargo, los 170.000 sufragios que obtuvo le alcanzaron para ser el único partido no provincial del campo de la derecha en obtener diputados y para erigirse como el principal referente de la derecha en la ciudad de Buenos Aires, con las consabidas ventajas de exposición que ello implicaba.

Ciertamente, lo que podríamos llamar la “ambivalencia” constitutiva de la UCEDE entre un ala que provenía del liberalismo-conservador y que procuraba un “partido de notables” y otra que se sumaba para construir un partido electoralmente competitivo que implementara las ideas neoliberales era problemática. Ya en 1984, un grupo de jóvenes liberales -que en 1983 había organizado la Unión Para la Apertura Universitaria (UPAU)- fundó una “línea interna” dentro de la UCEDE con el objeto de desplazar al sector tradicional, al que denominaban los “dinosaurios”, encabezado por Sánchez Sañudo y Álvaro Alsogaray (h) (DOMAN y OLIVERA, 1989). Pero las distintas pujas internas nunca llegaron a dificultar ni el despliegue electoral (que en 1985 creció en forma leve, pero que experimentó un despegue verdaderamente exponencial en 1987) ni el progresivo avance del discurso neoliberal tanto dentro como fuera de las filas de la UCEDE (GIBSON, 1990; GUTIERREZ, 1992).

No es este el espacio para explayarnos sobre el poder del discurso neoliberal, ni sobre los modos en que el mismo alcanzó características hegemónicas (MORRESI, 2008; 2009). Sin embargo, sí queremos llamar la atención sobre la plausibilidad de una hipótesis de trabajo que esperamos explorar más a fondo en el futuro y que se desprende de nuestra exposición: fue el derrumbe del liberalismo-conservador y el paralelo triunfo de la UCEDE, sumados a la desaparición del mito de que el peronismo no podía ser batido en las urnas, lo que posibilitó que la derecha pos-procesista se enmarcara en el discurso neoliberal.

Referencias Bibliográficas

- ALSOGARAY, Álvaro C. 1976. La democracia de masas y la crisis en países del mundo libre. Col. Cuadernos del Instituto de Ciencia Política. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- ALSOGARAY, Álvaro C. 1993. Experiencias de cincuenta años de política y economía argentina. Buenos Aires: Planeta.
- ANSALDI, Waldo. 2004. Matrisukas del terror. Algunos elementos para analizar la dictadura argentina dentro de las dictaduras del Cono Sur. In: Alfredo Raúl Pucciarelli, Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- BARRY, Norman P. 1983. The New Liberalism. British Journal of Political Science, v. 13, n° 1, pp. 93-123. Publicado en 1983.
- BOBBIO, Norberto. 1999. Estado, Gobierno y Sociedad. Col. Breviarios. México, DF: Fondo de Cultura Económica.
- BOTANA, Natalio R. 1985. El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916. Col. Historia y sociedad. Buenos Aires: Sudamericana.
- BOTANA, Natalio R. 2006. Poder y Hegemonía: el régimen político después de la crisis. Buenos Aires: Emecé.
- CANELO, Paula. 2008a. El proceso en su laberinto: La interna militar de Videla a Bignone. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- CANELO, Paula. 2008b. Las dos almas del Proceso. Nacionalistas y liberales durante la última dictadura militar. In: IV° Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente. Rosario:
- CANTÓN, Darío. 1973. Elecciones y partidos políticos en la Argentina: Historia, interpretación y balance. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CATTERBERG, Edgardo. 1989. Los argentinos frente a la política: cultura política y opinión pública en la transición argentina a la democracia. Col. Política y Sociedad. Buenos Aires: Planeta.
- DOMAN, Fabián y OLIVERA, Martín. 1989. Los Alsogaray. Secretos de una dinastía y su corte. Buenos Aires: Clarín-Aguilar.
- FRAGA, Rosendo; TISIO, María Eugenia; y BURDMAN, Julio. 1995. Argentina en las urnas, 1916-1994. Buenos Aires: Editorial Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría.
- GARCÍA BELSUNCE, Horacio A. 1982. Política y economía en años críticos. Buenos Aires: Editorial Troquel.
- GIBSON, Edward, L. 1990. Democracy and the New Electoral Right in Argentina. Journal of Interamerican Studies and World Affairs, v. 32, n° 3, pp. 177-228. Publicado en Oct. 1990.
- GIBSON, Edward. 1996. Class and conservative parties: Argentina in comparative perspective. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- GONZÁLEZ BOMBAL, Inés. 1991. El diálogo político: la transición que no fue. Buenos Aires: CEDES, *mimeo*.
- GUTIÉRREZ, Alfredo. 1992. El derrumbe de la UCeDé: de Videla a Menem, la mutación liberal. Buenos Aires: Ediciones Letra Buena.
- HARBOUR, William R. 1985. El pensamiento conservador. Col. Temas. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

- LANUSSE, Alejandro Agustín. 1977. Mi testimonio. Lima: Atlántida.
- LANUSSE, Alejandro Agustín. 1988. Protagonista y testigo (reflexiones sobre 70 años de nuestra historia). Santiago de Chile: M. Lugones S.A. Editores.
- LEWIS, Paul. 2001. La Derecha y los Gobiernos Militares 1955-1983. In: David Rock et al, La Derecha Argentina. Nacionalistas, Neoliberales, Militares y Clericalistas. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- LLAMAZARES VALDUVIECO, Iván. 1994. Periferias conservadoras. Un análisis comparativo de la evolución del conservadurismo argentino. Tesis de Doctorado. Director: Manuel Alcántara Sáez. Madrid: Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.
- LVOVICH, Daniel. 2006. El nacionalismo de derecha: desde sus orígenes a Tacuara. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- LVOVICH, Daniel. 2007. Actitudes sociales durante la dictadura militar argentina: Las organizaciones sociales y el diálogo político de 1980. In: Coloquio Internacional 'Problemas de historia reciente en el Cono Sur'. Los Polvorines: CEL-UNSAM / IDH-UNGS.
- MANSILLA, César L. 1983. Las fuerzas de centro. Col. Biblioteca Política argentina. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- MORRESI, Sergio Daniel. 2008. La nueva derecha argentina y la democracia sin política. Buenos Aires: Biblioteca Nacional - UNGS.
- MORRESI, Sergio Daniel. 2009. Los compañeros de ruta del Proceso. El diálogo político entre las Fuerzas Armadas y los intelectuales liberal-conservadores. In: XII° Jornadas Interescuelas de Historia. San Carlos de Bariloche: Universidad Nacional del Comahue.
- MORRESI, Sergio Daniel. 2010. El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional. Sociohitorica (en prensa), n° 26, Publicado en 2010.
- MORRESI, Sergio Daniel. 2011. Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina(1955-1983). Actas del Taller de Discusión sobre las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Buenos Aires: Prometeo - UNGS (en prensa).
- MORRESI, Sergio Daniel. 2010. Apuntes preliminares para un estudio del neoliberalismo en la Argentina. In: Matías Muraca, Enrique Andriotti Romanín y Terrie Groth, Teoría y práctica de la política, Argentina y Brasil: nuevas formas de dependencia, nuevos desafíos para el desarrollo. Buenos Aires: Prometeo Libros - Universidad Nacional de General Sarmiento.
- MORRESI, Sergio Daniel. 2009. Neoliberales antes del Neoliberalismo. In: Germán Soprano y Sabina Frederic, Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina. Buenos Aires: Universidad de General Sarmiento / Prometeo Libros.
- MULEIRO, Vicente. 2011. 1976: El golpe civil. Col. Espejo de la Argentina. Buenos Aires: Planeta.
- OAKESHOTT, Michael. 2000. El racionalismo en política y otros ensayos. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- PALERMO, Vicente y NOVARO, Marcos. 2003. La dictadura militar, 1976-1983: del golpe de estado a la restauración democrática. Buenos Aires: Paidós.
- PERRIAUX, Jaime. 1970. Las generaciones argentinas. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- QUIROGA, Hugo. 2004. El tiempo del proceso. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983. Rosario: Homo Sapiens - Fundación Ross.

- ROUQUIÉ, Alain. 1994. Poder militar y sociedad política en la Argentina. Buenos Aires: Emecé.
- SÁNCHEZ SAÑUDO, Carlos A.. 1969. La Planificación en las Fuerza Armadas y su imposibilidad en la sociedad. In: Saturnino Héctor Huici, Carlos A Sánchez Sañudo y Alberto Benegas Lynch, Derecho, planificación y libertad. Buenos Aires: Centro de Estudios sobre la Libertad.
- SENKMAN, Leonardo. 2001. La derecha y los gobiernos civiles, 1955-1976. In: Sandra McGee Deustsch y Ronald H. Dolkart, La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- SPINELLI, M. E. 2005. Los vencedores vencidos: El antiperonismo y la 'revolución libertadora'. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- TÚROLO, Carlos M. 1996. De Isabel a Videla: los pliegues del poder. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- ZINN, Ricardo. 1976. La segunda fundación de la República. Buenos Aires: Editorial Pleamar.
- ZINN, Ricardo. 1980. 4 años después en la segunda fundación de la República. Buenos Aires: Editorial Pleamar.